

PERSONAJES

SEBASTIANA (LUZ)
LA RABANITOS (JESUSA)
DOÑA CELESTINA (vieja)
LUISA
LA MIMOSA
LULÚ
RAMONA
AMPARO
DOÑA PETRA (vieja)
FRANCISCA (vieja)
TABARDILLO
BECERRA
ENRIQUE
PEPE
JAIME
PEDRO
JERÓNIMO
CAMARERO 1.º
CAMARERO 2.º (que no habla)
UN TOCADOR DE GUITARRA, *de verdad*

LA ACCIÓN EN MADRID.—ÉPOCA ACTUAL
DERECHA E IZQUIERDA LAS DEL ACTOR

ACTO PRIMERO

Una habitación muy modesta, pobre. Puerta a izquierda y puerta al foro, a izquierda también: a derecha foro una ventana sobre tejadós. A lateral derecha otra ventana; al lado una mesita de costura. Tres o cuatro sillas y una consola vieja. Una mesa. Luz eléctrica colgante, sin tulipa. Es de día, pero anocheciendo ya.

ESCENA PRIMERA

SEBASTIANA, después de coser un momento en ropa blanca, queda absorta, sonríe, y saca del pecho una carta.

Versos... ¡más versos! Todo lo que calla, cuando está cerca de mí, lo dice luego por escrito. Su timidez no se defiende más que a fuerza de consonantes. ¡Y siempre el mismo asunto, el mismo temor a la vida!... Hace mal: en la vida no deben pensar más que los dichosos, que son los

únicos que pueden perder algo: pero los demás,
¿nosotros?...

*(Pausa: lee la carta en voz
baja, y luego, en voz alta, la
repite.)*

Los mismos consejos, las mismas advertencias
siempre...

«La de los ojos rasgados

y la de los labios rojos,

ya sabes lo que yo busco

en tus labios y en tus ojos.

La gloria de que me mires

y el afán de que me beses

no serán afán ni gloria

si antes tú no me quisieses.

Y aunque con los años veas

tus colores ya perdidos,

yo aún seguiré besando

tus labios descoloridos.

Pero si a ti te avejenta

más que la edad o el dolor,

placer que no sea de mí

o amor que no sea mi amor.

Cuando con el tiempo mires

los placeres ya perdidos

¡quiera Dios que nadie bese

tus labios descoloridos!

.....

La de los ojos rasgados

y la de los labios rojos,

ya sabes como yo quiero

a tus labios y a tus ojos...»

(Cosiendo nuevamente.)

Ya lo sé... Me quiere con toda su alma, no
puede casarse conmigo por nuestra mutua po-
breza y le teme a la vida, a las tentaciones y a
las flaquezas... ¡a lo que es la vida!...

*(Trabaja febrilmente un mo-
mento.)*

¡No puedo más! ¡Los dedos se niegan a seguir
esta ingrata labor!... Me fatiga el trabajo enor-
memente y se me nubla la vista... ¡Pobre de mí!...

(Sonriendo amargamente.)

«La de los ojos rasgados

y la de los labios rojos...

¡No hay color para tus labios

ni hay luz ya para tus ojos!...»

(Queda pensativa.)

ESCENA II

SEBASTIANA: PEPE, por el foro.

PEPE.—(*Que entra muy lentamente.*)—Sebastiana...

SEBASTIANA.—¿Qué hay, Pepe? ¿Traes la medicina?

PEPE.—No.

SEBASTIANA.—¿Que no?

PEPE.—(*Muy grave.*)—No, hermana, no.

SEBASTIANA.—¡Pero madre la necesita!—
(*Comprendiendo inmediatamente la injusticia.*)
—¿No ha querido el patrón adelantar la quincena?

PEPE.—No.

SEBASTIANA.—¿Y entonces?...

(*Se miran un instante, bajan los ojos al fin, ella llora silenciosamente y él, muy lento, mu-tis por la izquierda, volviendo a salir luego con un hatillo de ropa en la mano.*)

PEPE.—Adiós, Sebastiana...

SEBASTIANA.—¿Para qué lo intentas de nuevo?... Ya sabes que no dan nada...

PEPE.—No voy a pedir...

SEBASTIANA.—¿Que no vas a a pedir?

PEPE.—No.

SEBASTIANA.—(*Espantada.*)—¿Que no?

PEPE.—No, Sebastiana, no.

SEBASTIANA.—(*Levantándose rápida.*)—
¿Adónde vas, Pepe?

PEPE.—¡Más bajo! Si madre duerme, que no despierte; si no duerme, que no oiga...

SEBASTIANA.—¿Adónde vas?

PEPE.—A Santander.

SEBASTIANA.—¿Y allí?

PEPE.—De allí, al mar, y por el mar no sé a qué país ni me importa saberlo.

SEBASTIANA.—¿Tendrás valor para dejarnos solas?

PEPE.—¿Y no lo estáis ya...? Un hombre que sostiene la casa es un hombre, un amparo y vale la pena de retenerlo, pero aquel que pesa sobre la casa y es una carga más, la pena que vale es la de echarlo cuanto antes.

SEBASTIANA.—(*Afligida.*)—¡No digas eso!

PEPE.—¿Porque miento, verdad? Nuestra madre, baldada en la cama hace dos años: yo llevo tres meses sin trabajar, y su esperanza, que la maldita huelga no acaba nunca; tú, agobiada,

atendiendo a madre día y noche, y dándonos de comer a los tres con la miserable ganancia de tu costura... ¡No! ¡A los tres ya no!

SEBASTIANA.—Yo puedo perfectamente apurar un poco más mi labor...

PEPE.—¿Y morir antes...? ¡No! No puedes más con la carga: bien lo veo... ¿Y yo...? ¿Qué hago yo? ¿Robar?

SEBASTIANA.—¡No!

PEPE.—¿Espero cruzado de brazos?

SEBASTIANA.—No...

PEPE.—¡Y hay que vivir! ¡Bien o mal, aquí o fuera, pero vivir!

SEBASTIANA.—¿Y cómo? ¿Cómo se vive...?

PEPE.—Lo mío ya está resuelto.

SEBASTIANA.—¿Y a madre qué le digo?

PEPE.—Que voy a Santander por unos días...

SEBASTIANA.—Y cuando pasen días... y días... y más días...

PEPE.—No contestes nada. Lloro cuando te pregunto... y de sobra te comprenderá.

ESCENA III

DICHOS: FRANCISCA, por el foro.

FRANCISCA.—Buenas tardes...

SEBASTIANA.—Buenas, señora Francisca. ¿Quiere algo?

FRANCISCA.—Si...—*(Enseñando el papelito.)*—El recibo...

SEBASTIANA.—*(Avergonzada.)*—Señora Francisca... ya le dije.

FRANCISCA.—Si, me lo has dicho... pero he subido tres veces... y el casero no puede aguardar.

SEBASTIANA.—Dígale usted que aguarde, por Dios, este mes...

FRANCISCA.—Te van a echar de la casa...

SEBASTIANA.—¡Este mes nada más!

FRANCISCA.—¡Te van a echar!... Se lo diré... pero te van a echar de la casa...

(Mutis Francisca por el foro.)

ESCENA IV

SEBASTIANA y PEPE

PEPE.—*(Después de una pausa, en que ambos se miran fijamente; con lentitud y como queriendo grabar las palabras que pronuncia.)*—Hermana, la vida es miserable y ruin... sí, ruin y miserable... pero hay que vivirla.

SEBASTIANA.—¿Cómo? ¿Dime cómo?

PEPE.—Lo que yo puedo decirte ya está dicho. Adiós...

SEBASTIANA.—¿Qué va a ser de mí...?

PEPE.—No lo sé. Quizás con esta carga menos puedas salir a flote... Si te hundes antes de que mi estrella no permita venir a socorremos, no seré yo quien te recrimine... ¡Vive, hermana, vive!

SEBASTIANA.—¿Pero cómo?

PEPE.—Eso es lo más miserable. Como puedas, Sebastiana, como puedas... ¡pero vive!

SEBASTIANA.—Si no fuese por la conciencia...

PEPE.—Os dejo a madre y a tí porque la miseria me obliga a marchar, pero oye, hermana, oye, aquí dejo también mi conciencia.

SEBASTIANA.—¡Eso no, Pepe!

PEPE.—Soy muy pobre: no puedo permitirme lujos en el equipaje...

SEBASTIANA.—(*Echándose a él desconsolada.*)
—¡Pepe de mi alma!

PEPE.—(*Apartándola suavemente.*)—Aún puedes hacerme un favor muy grande... Ni una lágrima, ni una palabra desesperada que me quite el valor...—(*Dándole la mano.*)—Adiós, hermana...

SEBASTIANA.—Adiós, hermano...

(*A pesar de la voluntad de mantenerse firmes no resisten a la emoción y se abrazan tiernamente.*)

PEPE.—(*Separándose.*)—Adiós... ¡y vive!

(*Mutis por el foro. Sebastiana lo sigue hasta la puerta, en donde queda llorando nerviosamente de cara a la pared. Una pausa.*)

ESCENA V

SEBASTIANA: LA RABANITOS, por el foro.

RABANITOS.—(*Joven, alegre, vistosa. Entra como un trueno, se detiene sorprendida, y avanza luego indignada.*)—¿Llorando?—(*Con absoluta convicción.*)—Eres bestia, absolutamente bestia.

SEBASTIANA.—(*Sonriendo a pesar suyo.*)—Gracias...

RABANITOS.—No hay de qué. ¿De modo que es cierto lo que me contó la señora Francisca? ¿Os echan de la casa?

SEBASTIANA.—Y Pepe se marcha de Madrid...

RABANITOS.—¡Gracias a Dios que tu hermano tuvo un día con buen sentido...!

SEBASTIANA.—No creo que te molestara...

RABANITOS.—Muchísimo. Hombres formales, dignos y pobres estorban en todas las casas.

SEBASTIANA.—¡Es mi hermanol

RABANITOS.—No te lo niego. Buen viaje, que sea enhorabuena y a otra cosa. Comprenderás que no he subido los ochocientos escalones para darte el pésame por eso.

SEBASTIANA.—No hay más que noventa y dos...

RABANITOS.—¿Nada más? Pues casi estoy por subirlos otra vez...

SEBASTIANA.—Siéntate, que vienes un poco sofocada.

RABANITOS.—Claro. Las escaleras y las vergüenzas sofocan siempre. Bueno. ¿Cómo está tu madre?

SEBASTIANA.—Igual... y cuando sepa lo de Pepe... peor.

RABANITOS.—Así da gusto vivir... ¿Has almorzado hoy?

SEBASTIANA.—¡Sí!

RABANITOS.—¿Qué?

SEBASTIANA.—Como siempre...

RABANITOS.—¿Pan y agua...?

SEBASTIANA.—No, muy bien. De veras que hoy muy bien...

RABANITOS.—¿Vas a engañarme contando el festín...? ¿Quién hubo a la mesa? La Empera-

triz de las Indias, el Rey de la Pampangá... ¡¡no flores!!

SEBASTIANA.—Pero ¿qué voy a hacer...? Si río, te engaño: si lloro te enfada...

RABANITOS.—Y con muchísima razón. Porque tú no puedes dudar de que yo tengo por ti una miaja de cariño y que te trato con la mejor voluntad del mundo... que yo no tendré vergüenza ni falta que me hace, ¡pero corazón, muy grande y muy hermoso!

SEBASTIANA.—Ya lo sé y te estoy muy agradecida, Jesusa.

RABANITOS.—¡No me llames Jesusa!

SEBASTIANA.—¿Porqué?

RABANITOS.—Porque no me da la gana.

SEBASTIANA.—Bueno, mujer...

RABANITOS.—Y cuando yo te pregunto, con mi buen deseo de servirte y de ayudarte, es una mala correspondencia tuya el salir diciendo que tuviste banquete.

SEBASTIANA.—No he dicho eso...

RABANITOS.—Que almorzaste bien: es la misma mentira. ¡Qué demonios almorzarás tú, que pegas chillidos de alegría cuando ves un merengue que no está detrás del cristal de un escaparate!

SEBASTIANA.—¿Y para qué voy a mortificar a nadie con el cuento de miserias y de angustias? Bastantes lleva cada uno en su propio saco...

RABANITOS.—De eso no se debe hablar, cierto; pero a eso se debe responder cuando no se desprecia a quien pregunta.

SEBASTIANA.—(*Conmovida.*)—Jesusa...

RABANITOS.—Que no me llames Je-su-sa.

SEBASTIANA.—Perdona...

RABANITOS.—¿Quieres que hablemos francamente? Aunque parece que tú esquivas la conversación conmigo cuando nos encontramos...

SEBASTIANA.—(*Confusa.*)—No, no...

RABANITOS.—Aunque lo parece, yo no te guardo rencor; al contrario, me das pena. Y eres algo ingrata... A la que fué tu compañera, tu amiga leal en los dos años que estuve en el taller, no debes vacilar en pedirle un duro, cuando ese duro va a ser pan o medicinas. Hoy he sabido que una vez más estáis ahogadas... ¿Cómo vas a resolver tu problema?

SEBASTIANA.—Trabajando...

RABANITOS.—Muy bien, si fuera verdad. Pero trabajas, sí, y el problema no lo resuelves. ¿Aguardas por la lotería?

SEBASTIANA.—No juego...

RABANITOS.—¿Vas a enriquecerte de milagro? ¿O con los premios a la virtud que reparte la Academia?

SEBASTIANA.—Serán muy difíciles de lograr.

RABANITOS.—No. Basta con tener virtud... o con tener un académico.

SEBASTIANA.—Pero encontrarlo...

RABANITOS.—Muy sencillo. Yo conozco a dos: si quieres, te cedo uno... o los dos.

SEBASTIANA.—¡Jesusa!

RABANITOS.—No te espantes, ni vuelvas a llamarme Jesusa: ese era el nombre de los días negros. Ahora me llamo Rabanitos, ¡la Rabanitos! De pequeña decía por las calles: ¡rabanitos, como el agua tiernos!, ¿quién los quiere?; y nadie los quería. Ahora digo: ¡Rabanitos, la Rabanitos!.. ¿quién la quiere? ¡Y la quieren, Sebastiana, la quieren; quieren a la Rabanitos como agua de Mayo o sol de invierno!

SEBASTIANA.—Haces mal...

RABANITOS.—¿Mal? ¿Mal en no morirme de hambre y en no dejar que se mueran los míos?... ¿Mal en que mis viejos tengan casa y comida...? ¿Dejarlos sufrir, pudiendo socorrerlos sin hacer daño a nadie...? ¡No! Eso no lo hacen más que los buenos.

SEBASTIANA.—(A media voz.)—Rabanitos...

RABANITOS.—¡Dilo más alto! ¡Rabanitos! ¡La Rabanitos! Libre, feliz, rica...

SEBASTIANA.—Pero tu nombre va por el arroyo....

RABANITOS.—¿Que mi nombre va por el arroyo...? ¿Y por dónde iba yo vendiendo rábanos, más que por arroyos y cunetas...? Y si a la fuerza ha de ir algo por el arroyo, vale más que vaya el nombre y no la persona.

SEBASTIANA.—Rabanitos...!

RABANITOS.—¿Quieres un consejo?

SEBASTIANA.—¡No, no!

RABANITOS.—¿Quieres oír lo que estás pensando?

SEBASTIANA.—¡Te engañas!

RABANITOS.—Me engañó hoy porque eres cobarde.

SEBASTIANA.—Te suplico que no sigas. ¡Llevo un día muy desesperado...!

RABANITOS.—Mejor.

SEBASTIANA.—Mi hermano se marcha a probar fortuna.

RABANITOS.—Mejor.

SEBASTIANA.—Y en casa no hay ni para la medicina de mi madre...

RABANITOS.—Ni para pagar la casa. Mejor, mejor y mejor. Cuando ya no hay manera de empeorar en nada, todo lo que viene es mejoría. Acompáñame esta noche a cenar.

SEBASTIANA.—¡No!

RABANITOS.—¿Por qué...?

SEBASTIANA.—¿Qué dirá Emilio, si lo sabe...?

RABANITOS.—¿Emilio es el de los versos...? ¿El de los sanos consejos? ¿El de las esperanzas y el de los amores...?

SEBASTIANA.—El de todo eso, sí.

RABANITOS.—No te preocupes ahora. Lo que te diga, ha de tardar en decírtelo; el verso exige tiempo, y mientras Emilio busca los consonantes, puedes tú buscar, muy a gusto, las disculpas.

SEBASTIANA.—No, no... tengo miedo.

RABANITOS.—También yo lo tuve.

SEBASTIANA.—¿Y al fin lo perdiste?

RABANITOS.—No, lo perdí al principio. Es más práctico. Ven a cenar conmigo.

SEBASTIANA.—Iré, a ver si olvido un momento estas angustias...

RABANITOS.—Las olvidarás. Cenas conmigo y con la Mimosa...

SEBASTIANA.—Seremos tres...

RABANITOS.—Sí... y luego nos vamos los seis al teatro.

SEBASTIANA.—(Asustada).—¿Seremos seis...?

RABANITOS.—Siete. Hay uno descabalado siempre: Tabardillo.

SEBASTIANA.—(Temerosa).—¿Tabardillo...?

RABANITOS.—El más simpático de todos: el que no paga. Este te acompaña después hasta casa.

SEBASTIANA.—Y si nos ve Emilio...

RABANITOS.—No te apures. Tabardillo se lo explica satisfactoriamente. ¡Llevo explicadas ya más cosas de esas...!

SEBASTIANA.—No, no, es una locura...

RABANITOS.—¿Preferes miserias...? No seas tonta. Los que te dan buenos consejos, que den al mismo tiempo una manera de vivir...

SEBASTIANA.—Mi madre no me perdonará nunca. ¡No, no voy!

RABANITOS.—¿Tu madre? ¿Enferma, necesitada de medicinas que no puedes traerle y de comodidades que no le puedes proporcionar...? ¡Tal vez tengas derecho a un escrúpulo por tí misma, por tus ideas o por tus amores... ¡pero por tu madre, no! no tienes razón para dejarla que padezca.

SEBASTIANA.—Dices tú bien. ¡Hay que vivir y que vivan los que uno ama! ¿A qué hora debo estar y dónde?

RABANITOS.—Iremos juntas: vistete.

SEBASTIANA.—¿Que me vista? Ya estoy...

RABANITOS.—¿No tienes un traje más presentable...?

SEBASTIANA.—Ni menos. Llevo encima los roperos...

RABANITOS.—Yo te prestaré ropa.

SEBASTIANA.—Mañana te la devolveré. Ya sabes que Sebastiana no falta a su palabra.

RABANITOS.—Pero tú no eres Sebastiana, como yo no soy Jesusa. Con esos nombres no se cena...

SEBASTIANA.—No sé por qué...

RABANITOS.—Todo no lo vas a saber de golpe...

SEBASTIANA.—¿Y entonces...? tú eres la Rabanitos...

RABANITOS.—¡La eximia Rabanitos!

SEBASTIANA.—¿Eximia?

RABANITOS.—Otro apodo.

SEBASTIANA.—¿Y yo...? ¿Estrella? ¿Blanca...?

RABANITOS.—Una cosa que suene bien. ¡Luz!

SEBASTIANA.—Eso no suena...

RABANITOS.—Pero alumbrá, que es lo que tratamos de demostrar. Te llamas Luz.

ESCENA VI

DICHOS: FRANCISCA, por el foro.

FRANCISCA.—El casero dice que lo siente mucho...

RABANITOS.—Pues que no lo sienta nada. ¿Qué se le debe?

FRANCISCA.—Dos meses atrasados y éste.

RABANITOS.—¿Total?

FRANCISCA.—Dieciocho duros...

RABANITOS.—Perfectamente. Digale usted a ese mamarracho del casero que mañana se le pagará.

SEBASTIANA.—¡No...!

RABANITOS.—Será que sí o será que no... pero al casero se le dice siempre que sí.

FRANCISCA.—No me gusta ese recado, Sebastiana.

RABANITOS.—Sebastiana es la señorita Luz.

FRANCISCA.—Luz... está muy bien.

RABANITOS.—Éche una mirada por aquí, y si la señora se despierta dígame que la señorita fué al teatro con una amiga.

FRANCISCA.—Muy bien, señorita Rabanitos... ¿y la señora sabe que su hija es la señorita Luz...?

RABANITOS.—Ya lo sabrá. ¿Vamos?

SEBASTIANA.—(*Haciendo un gran esfuerzo*).
—¡Vamos, sí!

(*Rabanitos la coge del brazo y se la lleva por el foro*).

TELÓN